

# ¡RATAS!

## FRENTE AL HORROR, LA ESPERANZA

*Mis ligaduras no estaban constituidas por cuerdas separadas. El primer roce de la afiladísima media luna sobre cualquier porción de la banda bastaría para soltarla, y con ayuda de mi mano izquierda podría desatarme del todo.*

[...]

*Durante horas y horas, cantidad de ratas habían pululado en la vecindad inmediata del armazón de madera sobre el cual me hallaba. Aquellas ratas eran salvajes, audaces, famélicas; sus rojas pupilas me miraban centelleantes, como si esperaran verme inmóvil para convertirme en su presa. «¿A qué alimento —pensé— las han acostumbrado en el pozo?»*

[...]



*[Las ratas] [s]e apretaban, pululaban sobre mí en cantidades cada vez más grandes. Se retorcían cerca de mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios. Yo me sentía ahogar bajo su creciente peso; un asco para el cual no existe nombre en este mundo llenaba mi pecho y helaba con su espesa viscosidad mi corazón. [...] Con toda claridad percibí que las ataduras se aflojaban.*

E. A. Poe, «El pozo y el péndulo» (1842)

El título del cuento enfatiza el pozo y el péndulo, pero también hay otros tipos de siniestros tormentos a los que el reo es sometido y que intensifican la larga agonía del cautivo. Del pozo salía gran cantidad de ratas, «presurosas y con ojos famélicos atraídas por el olor de la carne». El lector aún no lo sabe, pero esto va a ser decisivo para el devenir del clímax.

El preso frotó lo poco que quedaba en el cuenco en las ligaduras que lo retenían bajo el péndulo y se hizo el muerto; la escena que sigue es tan profundamente desagradable que el lector puede experimentar el mismo

horror y repugnancia que debía estar sintiendo el narrador. Las ratas se lanzan sobre el cuerpo del reo y comienzan a devorar la comida untada en el cíngulo, royéndolo hasta que las ataduras se rompen y el narrador consigue esquivar el péndulo *in extremis*. Así, el protagonista se salva una vez más de las garras de la Inquisición. Sin embargo, como él muy bien sabe, eso no supone que fuese a escapar a la muerte.

Queremos destacar la excepcional ilustración de **Harry Clarke** (1889-1931). La figura del reo aparece completamente cubierta por un cíngulo que, más que como tal, se nos presenta como una masa reptante de cintas. Estas, además, generan una especie de catafalco sobre el que descansa el preso, cubierto también por las ratas. Se une a todo esto un detalle en el que previos ilustradores no habían reparado: la atmósfera enrarecida y pútrida del recinto, «un vapor viscoso, y el olor característico de los hongos podridos» que emana del pozo, que hace que toda la escena sea aún más asfixiante. Los arabescos sinuosos e hipnóticos de Clarke recrean estos vapores que, incluso, llegan a conformar la apariencia de seres alucinatorios.

